

Palabras del licenciado Héctor Valdez Albizu, Gobernador del Banco Central de la República Dominicana, en el acto de apertura de la exposición conmemorativa del bicentenario del natalicio de Juan Pablo Duarte [1813-2013], en el vestíbulo del Museo Numismático y Filatélico, el martes 22 de enero de 2013.

Nos encontramos aquí reunidos, con la grata compañía de todos ustedes, a quienes me complace dar la bienvenida, para conmemorar, con una muestra representativa, la celebración de los doscientos años del natalicio del general Juan Pablo Duarte, Padre de la Patria y símbolo de los más puros ideales. El Banco Central de la República Dominicana, siguiendo una larga tradición de honrar la figura del ilustre patricio, abre hoy una exposición en su memoria, con piezas numismáticas y filatélicas de alto valor simbólico, libros, esculturas, retratos y otros objetos alegóricos.

En agosto del año pasado, el Banco Central hizo su primer aporte al bicentenario del natalicio de Duarte, al poner en circulación, adelantándose a esta fecha memorable, un libro clave, titulado Duarte revisitado [1813-2013], en el que se reúnen ensayos originales escritos especialmente para esta obra por cinco distinguidos historiadores dominicanos: Juan Daniel Balcácer, José Chez Checo, Orlando Inoa, José Miguel Soto Jiménez y Jorge Tena Reyes, que hicieron sus investigaciones de manera independiente y trabajaron sus textos con absoluta libertad intelectual, con encomiables resultados, recogidos en un libro que desde entonces está a disposición del público interesado. Sobre esta obra, me complace anunciar que, como una contribución adicional del Banco Central, Duarte revisitado [1813-2013] ha sido colocado en la página Web de la institución, para consulta de todos aquellos que así lo deseen.

La veneración por la memoria del Padre de la Patria es asunto muy antiguo en el Banco Central, cuya biblioteca lleva su nombre, por lo que, a lo largo de muchas décadas, hemos tratado de consagrar su recuerdo entre las jóvenes generaciones, con la emisión de monedas y billetes que llevan su efigie, con exposiciones conmemorativas y publicación de varios libros que enriquecen la bibliografía nacional.

Juan Pablo Duarte y Díez nació en Santo Domingo, el 26 de enero de 1813, en el seno de una numerosa familia procreada por el ciudadano español don Juan José Duarte y la dominicana doña Manuela Díez. Cuando Juan Pablo era todavía un niño se produjo la Independencia Efímera, proclamada en 1821 por don José Núñez de Cáceres; pero al año siguiente tuvo lugar un aciago suceso: la Ocupación Haitiana del territorio dominicano, que iba a prolongarse durante veintidós largos años, período en el que se pretendió inútilmente modificar la idiosincrasia de nuestro pueblo.

A Duarte le tocó, apreciados funcionarios y amigos, una adolescencia poblada de sombras, por así decirlo, en la que fueron germinando sus aspiraciones patrióticas de ver su patria libre y soberana de toda injerencia extranjera. Esto se hizo patente después de su experiencia de viajero en Estados Unidos, Inglaterra, Francia y sobre todo España, cuando era todavía un muchacho, enviado por su padre con miras a fortalecer su educación.

En el Viejo Mundo, entre 1829 y 1832, Duarte asimiló las ideas libertarias que circulaban por todas partes en España, donde se había producido la expulsión del ejército napoleónico, dando término a la dominación francesa en territorio español. Soplaban entonces vientos revolucionarios que impactaron el espíritu del adolescente, quien a su regreso a Santo Domingo comenzó a trabajar en su proyecto independentista, al fundar la sociedad clandestina La Trinitaria junto a un grupo de jóvenes amigos, idealistas y románticos igual que él, hasta la proclamación de la Independencia Nacional el 27 de febrero de 1844.

La vida de Duarte, amigos míos, a partir de ese año decisivo de nuestra Independencia, no fue la vida de un héroe, sino la de un proscrito, producto de un injustificado exilio a que lo sometiera el gobierno del general Pedro Santana. Veinte años más tarde, o sea, en 1864, en plena guerra restauradora, interrumpió su silencio cuando vino a ponerse a las órdenes del gobierno revolucionario que luchaba contra la dominación española, aunque solo recibió indiferencia y el trato desdeñoso de algunos líderes restauradores. Así, su estadía en nuestra isla fue fugaz y pronto hubo de retornar a Venezuela, donde pasó las últimas décadas de su existencia, sobreviviendo gracias al modesto negocio de una fábrica de velas. Pobre y en el más absoluto anonimato, murió en Caracas el 15 de julio de 1876.

La verdad es que, estimados invitados y amigos, no hay en la historia nacional un ejemplo de desprendimiento tan noble como el de Juan Pablo Duarte, libertador de los dominicanos, quien nunca reclamó para sí los lauros que merecía. Vivió alejado del fragor de las pugnas políticas del país, solo, triste y decepcionado, renunciando al poder y la gloria que había ganado en buena lid. Pero las ambiciones, las intrigas políticas y las envidias de ciertos individuos se interpusieron para que su estrella brillara en todo su esplendor.

Hoy, doscientos años después de su nacimiento, debemos rescatar al Duarte integral –el inspirador, el luchador, el paradigma de patriotismo desinteresado–, para que su ideario, su integridad a toda prueba y su nobleza sigan alentando a nuestro pueblo y a sus gobernantes en la búsqueda de un país mejor, y que su ejemplo de honestidad sin manchas, y su altruismo se conviertan en guías de conducta personal y acción colectiva.

La muestra que dentro de poco veremos es una modesta contribución del Banco Central de la República Dominicana a la exaltación del Padre de la Patria, Juan Pablo Duarte, en el bicentenario de su natalicio. Gracias por su honrosa presencia y por compartir con nosotros el orgullo de ser dominicanos e hijos espirituales del más ilustre patricio de la nación.

Muchas gracias y buenas noches.